



UN CASO CARVALHO

MANUEL VÁZQUEZ
MONTALBÁN

TATUAJE

Pepe Carvalho ha dejado la CIA tras 9 prometedoros años y cuando iba a ser ascendido. Ahora es detective privado. Dejó la CIA sin haber ahorrado ni un duro y ahora quiere ser su propio patrón, vivir tranquilo y ahorrar para la vejez, pues ya tiene 40 años y hay que ir pensando en ello.

El cadáver de un bañista con el rostro descompuesto e irreconocible aparece en la playa y el dueño de una peluquería de barrio contrata a Carvalho para que averigüe el nombre del cadáver. No quiere más que eso y está dispuesto a pagar bien. Demasiado bien. No quiere ir a la policía y prefiere pagar a Carvalho para que lo averigüe sin tener que implicarse él mismo.

El asunto es un poco raro, pero un escéptico Carvalho no pregunta nada más y acepta el encargo. Carvalho tampoco quiere ir a la policía y prefiere investigar utilizando sus propios recursos. Éstos le llevarán de Barcelona a Holanda y vuelta a Barcelona. El nombre del muerto lo averigua con relativa rapidez, pero la manera que tiene de ir enredándose el caso cada vez más, hace que quiera investigar por su cuenta. Incluso cuando vuelve a Barcelona con la información solicitada por su cliente, nuestro detective sigue investigand.

Vázquez Montalbán nos presenta en esta primera novela de Carvalho como investigador privado, no sólo a su protagonista, sino también a los personajes secundarios que aparecerán en otras historias de este detective.

*Era hermoso y rubio como la cerveza
el pecho tatuado con un corazón
en su voz amarga había la tristeza
doliente y cansada del acordeón.*

«Tatuaje». Canción de Rafael de León.

LA MUCHACHA dorada se había zambullido desde el patín y el hombre aceitunado y calvo braceó enérgicamente para acercársele, presenciar su vuelta a la superficie, sorprender el brillo de la carne húmeda salpicada de agua y sol. Rabiaba la claridad del mediodía. El hombre aceitunado y calvo recuperó la vertical, comprobó que apenas le cubría el agua y trató de localizar a su familia sobre la arena. Una mujer cúbica lavaba enérgicamente a un niño. Prosiguió la cacería visual impunemente, volviendo el rostro hacia el lugar donde había dejado a la muchacha dorada y la vio nadar de espaldas, en dirección contraria al permanente patín, apenas movido por un mar calmo.

Fue entonces cuando vio el cuerpo flotando sobre las aguas, convertido en un tope mutuo con el patín. Sin duda un acompañante de la muchacha dorada, hasta ahora inadvertido. Pero nada le impedía seguir contemplándola.

Nadie podía prohibirle mirarla, llenarse la retina de aquella carne justa, vivificada por la sal y la restallante claridad. Repartió su mirada entre la muchacha que trazaba caprichosas, discontinuas carreras sobre el agua y el cuerpo inerte que seguía flotando, obstinadamente adherido al varado patín. Poco a poco fue aceptando la idea de que era una postura excesivamente insistente y contraria a las leyes de la respiración. Pero hay quien aguanta mucho, se dijo, y no voy a hacer el papanatas dando la voz de alarma para que luego me salga el tío tan fresco y la chica se me ría en la cara. La muchacha volvía con un «crawl» fácil, como a través de un carril previamente trazado sobre el mar. Se detu-

vo a un metro del patín y contempló recelosa, sorprendida después, la insistencia del cuerpo sin otro movimiento que el que le daba el suave vaivén de las aguas. La muchacha hizo girar su mirada en busca de algún acompañante y sus ojos se detuvieron en el hombre calvo y aceitunado que contemplaba la escena a unos veinte metros. Ratificada por la compañía, se acercó al cuerpo. Después le tocó con una mano, y el extraño nadador se apartó del patín con la obediencia de un muerto. La muchacha se volvió hacia el mirón y gritó en una lengua extraña. El hombre no esperó más. Procuró practicar una natación rápida y correcta para llegar pronto y bien, según exigía tan espléndida muchacha. La evidencia del cuerpo exánime se impuso a la degustación de la mujer. El hombre calvo y aceitunado empujó el cuerpo hasta llegar a una zona donde tocaba fondo y, una vez allí, tiró de él, seguido por la muchacha que no dejaba de gritar. Las voces abrieron túneles de expectación entre el gentío que nadaba y el que destilaba o secaba sudor sobre la arena. Varios nadadores intentaron disputar al hombre calvo y aceitunado el papel de protagonista del suceso. Pero él conservaba su trofeo con un brazo pasado bajo los sobacos del muerto.

Al llegar a la orilla sacaron el cuerpo entre cuatro. El hombre calvo y aceitunado dirigía las operaciones. El cuerpo fue transportado boca abajo, tal como había sido recuperado de las aguas. Sólo llevaba un «slip», era joven y rubio, tostado por el sol. Los cuatro portadores lo volvieron boca arriba al dejarlo sobre la arena. Un grito de horror amplió el círculo delimitado por la semidesnuda multitud. No tenía rostro. Los peces se habían comido las mejillas y los ojos. Le dieron la vuelta. Fue entonces cuando un muchachito advirtió que algo podía leerse sobre la piel de la espalda. Una mano apartó los granos de la arena mojada. Alguien leyó en voz alta la leyenda tatuada sobre una paletilla: HE NACIDO PARA REVOLUCIONAR EL INFIERNO.

NO PODÍA ser otra cosa que el timbre de la puerta. La mano de Pepe Carvalho palpaba el despertador y el corazón del nervioso animal no repiqueteaba. Alguien llamaba a la puerta. Golpeó en la espalda desnuda de Charo, que emergía del oleaje de las sábanas.

—Alguien llama.

—Abre.

—Es tu casa. Vete a saber quién llama.

—¿Qué hora es?

Charo ya estaba casi despierta y parecía interesada por lo que pasaba.

—La una.

—¿De la noche?

Pepe Carvalho le señaló las rayas que el sol trazaba a través de los postigos en el suelo de la alcoba. Charo saltó de la cama. Le tembló la desnudez y la enfundó en una bata de seda bordada. Calzó las chinelas del hombre, se corrigió el desarreglo del peinado con una mano y salió. Carvalho escuchó semilevantado y algo alerta los ruidos normativos de la puerta abierta, la conversación, la puerta nuevamente cerrada. Las chinelas volvían arrancando ruidos del «parquet». Charo tenía cara de molestia y desencanto.

—La Gorda.

—¿Quién?

—La Gorda. La aprendiz de la peluquería de la Queta. Te busca. El dueño quiere verte.

—¿Para qué? ¿Cómo sabía que estaba aquí?

—¿En qué barrio te crees que vivo? Mándalo a paseo si no te interesa.

Pero ya Pepe salía y se enfrentaba a una adolescente gorda. Los cuatro bustos destacables de la chica no anulaban el predominio de la malicia opaca de sus ojos. Recordaron la semidesnudez de Carvalho como en una declaración de complicidad.

—El amo me manda llamarle.

—¿Quién es tu amo?

—El señor Ramón, el marido de la señora Queta.

—¿Qué quiere?

—Dice que venga usted. Que es urgente. Tenga.

Le tendió un papel. Carvalho abrió un postigo para poder leer: «Tengo un asunto que puede interesarle». Carvalho puso la nota sobre la consola del recibidor y volvió a la habitación. Se vistió la ropa amontonada sobre una mecedora, mientras Charo se sacaba espinillas ante el espejo del tocador.

—Volveré mañana. ¿Tienes mucho lío hoy?

—Cuatro o cinco, a partir de las siete.

—¿Tranquilos?

—Psé. De todo. Pero puedes venir a dormir si quieres.

—He de pasar por casa. Por si hay alguna carta. Llevo mucho desorden estos días.

Carvalho salió hacia el recibidor pero de pronto cambió de rumbo y se metió en la cocina. La nevera le ofreció tanta luminosidad como vacío. Metió el dedo en la nata de una lionesa y después lo chupó. Se decidió por tomar un vaso de agua helada y media pastilla de chocolate. Comprobó que seguía mediada la botella de champán, constante en la nevera de Charo. La destapó y tragó un poco del helado y terso champán desbravado. Vació el resto en el fregadero y, al volverse, vio a Charo apoyada contra el quicio de la puerta, con el rostro lleno de crema y envuelta en un alboroz blanco.

—Gracias por vaciarla.

- Estaba pasado.
- Me gusta pasado.
- Lo siento.

Pero ya Charo había desaparecido del marco y le dejaba el camino libre. Carvalho llegó al recibidor donde la Gorda esperaba entre resoplidos de impaciencia. En el ascensor recorrió de soslayo la orografía algodonosa de la adolescente, que asumía de reojo la contemplación. Carvalho la dejó pasar delante y la siguió por la acera. La Gorda caminaba con una compostura de «vedette», intentando una y otra vez con la cabeza lanzar al vuelo una melena corta y excesivamente lacada. La ciudad se sumergía en la tregua del mediodía y el chirrido de las puertas metálicas de los comercios clausuraba la mañana laborable. Recorrieron varios desfiladeros de fachadas desconchadas hasta llegar a la calle de la Cadena. La Gorda aceleró el paso y Carvalho vio muy próximo el rótulo de la peluquería Queta. Tras las puertas de cristal opaco le esperaba el cuadro de las últimas parroquianas en el secador, con el rostro comido por el casco y los pecheros blancos. Carvalho examinó las piernas de las peluqueras concluidas en chancletas de plástico rojo. En la retina le quedó la imagen de un trasero pugnante bajo el guardapolvo azul.

- ¿Quién era la cuarta?
- La cuarta, ¿qué?
- La peluquera que estaba al final de la sala.
- Queta.

Contestó la Gorda sin volverse, mientras subía por escalones de madera hacia un altillo inundado por la luz del neón. Tras una mesa de oficina de las de antes de la guerra de Corea, un hombre levantaba la cabeza para acoger la llegada de la pareja. El hombre peinaba con eficacia el escaso pelo que le colgaba de los parietales, su rostro blanco y pecoso acogía escasas arrugas para la evidencia de su edad. Vestía un traje gris y bajo la mesa se cruzaban sus pies enfundados en unas chancletas de cuero.

La Gorda se marchó en cuanto el hombre sentado y Carvalho se aceptaron las miradas. Carvalho siguió la muda indicación del otro y se dejó caer en una butaquita tapizada en plástico verde. El hombre tenía un empaque desmesurado para aquel negocio y para las chancletas. Carvalho se sintió contemplado, medido, tasado. El hombre terminó su examen y apartó la vista como buscando algo encima de la mesa. Un recorte de periódico que ofreció a Carvalho. Éste lo leyó y lo retuvo en la mano sin decir palabra ni apartar la mirada del extraño cutis de su anfitrión.

—¿Se había enterado usted?

—No.

—¿No lee los sucesos?

—A veces.

—¿Qué le parece?

—¿Y a usted?

—Yo pregunté primero.

Carvalho se encogió de hombros. El otro se había apoyado en el respaldo de su silla giratoria de madera y parecía esperar acontecimientos. Carvalho se distraía en el examen de aquella pequeña oficina de pequeño negocio de barrio, similar a cualquier pequeña oficina de pequeño negocio de barrio. Sólo el extraño empaque del viejo coque-to y bien conservado no encajaba con el contexto.

—Me interesa saber quién es ese hombre y a qué se dedicaba.

Carvalho devolvió su atención al recorte de periódico.

—No creo que sea difícil. La policía debe haberlo identificado.

—No me interesa preguntárselo a la policía.

—Sería lo más rápido, barato y seguro.

—No me interesa que sea rápido, ni barato. Y cada cual tiene su criterio sobre lo que es seguro y lo que no. Prefiero no decirle mentiras y por eso no quiero decirle por qué me interesa saber quién es ese hombre.

—Tal vez le interesa a usted coleccionar historias de naufragos. Este cadáver tiene su interés. Un tatuaje así no se encuentra todos los días.

—Si usted necesita saber mis motivos, invéntelos. Yo sólo quiero conocer la identidad de ese cadáver.

—No puedo meterme a ciegas. La policía no está para bromas, y si me meto a ciegas seguro que tropiezo con ella.

—Me han hablado muy bien de usted.

—No lo dudo.

Carvalho dejó el recorte sobre la papeleada mesa y volvió a su muda contemplación del otro.

—Usted ya sabe quién soy. Me llamo Ramón y llevo este negocio con mi mujer. Suponga que tengo un capricho y que no me duele gastar dinero en mis caprichos. Quiero saber quién era ese hombre y no tenemos otro punto de partida que la edad, parece un hombre joven por la descripción, y un tatuaje.

—¿No quiere decirme nada más?

—Sí. Le pago cien mil pesetas por el trabajo.

—Gastos aparte.

—Que no sean muchos.

Carvalho ya estaba de pie. El hombre también se había levantado por primera vez y apoyaba el cuerpo en las manos desparramadas sobre la mesa. Carvalho vio entonces un inmenso sello de oro en uno de sus dedos, un cabezón de jefe indio americano.

—Cincuenta mil ahora.

En cuanto la palabra «cincuenta» había salido de su boca ya la mano casi ocupada por el jefe indio se había metido en un cajoncito de madera y sacaba un fajo de billetes. El hombre contó los billetes de mil hasta cincuenta, y se los tendió a Carvalho. Éste se los metió en el bolsillo y se marchó por donde había venido. Sus pasos despertaron el alma de madera de los escalones y al llegar al salón buscó con la mirada el mismo trasero que le había impresionado

en el viaje de ida. Pero Queta le daba la cara. Un carnoso y agradable frente de mujer de casi cuarenta años, demasiado pintada quizá, demasiado grandes los ojos.

Ya en la calle, Carvalho pensó que no había estado a la altura de las circunstancias. El señor Ramón le había dado cincuenta mil pesetas y se había quedado otras cincuenta, por lo menos, en el cajoncito. Había estado dispuesto a anticiparle el total de la cantidad.

EL LOCAL olía a riñones al jerez. Carvalho buscó una mesa rinconera desde la que pudiera ver todo el recinto y dejó que el aire espesado por la grasa de los riñones le impregnase las narices, la boca, la lengua. Pidió una ensalada castellana y riñones. Trató de imaginar todo lo prometido por el adjetivo «castellana» cuando acompañaba al sustantivo «ensalada». Su imaginación fue más lejos que la del cocinero. Se trataba de unas patatas a la vinagreta con algunos olvidos de atún en escabeche, estratégicamente situados en primer plano sobre el adoquinado de las patatas.

Con un ojo en el excepcional atún y el otro recorriendo las mesas, Carvalho se hizo una composición de lugar y de gentes. Preguntó al camarero.

—¿Está por ahí el Bromuro?

—Ahora acaba con uno allá abajo. Si quiere, le digo que venga.

—Eso es.

El Bromuro llegó cuando Carvalho rebañaba la salsa de los riñones, contemplaba el pan empapado en pringue marrón y lo entregaba a la anhelante espera de la lengua. Un plato de riñones es ante todo un placer olfativo y táctil que la llegada del Bromuro no consiguió turbar. El Bromuro se arrodilló ante Carvalho, se apoderó de uno de sus pies y lo puso sobre la caja de limpiabotas.

—¿Vienes a comer o a trabajar?

—Las dos cosas. Ha aparecido muerto un hombre en una playa. No tenía cara. Se la habían comido los peces y

llevaba un tatuaje en la espalda: He nacido para revolucionar el infierno.

—Los hay echaos palante.

—Qué le vamos a hacer.

—¿En su voz amarga había la tristeza doliente y cansada del acordeón?

—¿De qué cono hablas?

Los ojos acuosos del limpiabotas se perdieron aún más en el complejo de arrugas ennegrecidas que configuraban un rostro a medias ocupado por las arrugas y a medias por varices bermejas. Sin duda se estaba riendo, o así al menos creyó Carvalho poder interpretar la conmoción sísmica de las arrugas.

—Es una vieja canción. Se llamaba «Tatuaje» y la cantaba Concha Piquer.

Carvalho recordó de pronto la canción. La tataréó, primero vacilando, después ya más seguro, con la ayuda de Bromuro. El limpiabotas la cantaba aflamencada y la canción era una tonadilla. Pero Carvalho le dejó cantar y, cuando hubo terminado, se agachó como para examinar la marcha del trabajo.

—Necesito todo lo que puedas saber sobre esto.

—De momento en blanco. Nada de nada.

—Ahora ya sabes que me interesa. Mañana a la una me limpiaré los zapatos en el Versalles.

—¿Vas a ir de putas?

Carvalho le concedió una sonrisa ambigua al tiempo de ofrecerle el otro pie. El escaso pelo del Bromuro dejaba ver el lecho casposo del cuero cabelludo. El limpiabotas se ganaba la vida como correveidile o vendiendo barajas pornográficas o haciéndose el gracioso explicando el uso y abuso que los poderes ocultos hacen de los bromuros.

—Le digo que ponen bromuro en todo lo que tragamos para que no la armemos y las mujeres puedan salir tranquilas a la calle. ¡Me da una pena! ¡Una pena tan grande! ¡Tantas como hay y lo poco que tenemos para darlas gusto!

El Bromuro siempre tenía el éxito asegurado con el relato de la conspiración bromúrica y del desfase entre la realidad y su deseo. Durante veinte años había entretenido a la parroquia con su historia. Había empezado contándola como una muestra de ilustración, de participación en la sabiduría científica de la Humanidad. Hasta que descubrió un día que su historia divertía más que preocupaba, y la convirtió en la principal palanca de propinas. Esta vez Carvalho le metió quinientas pesetas en el bolsillo del chaleco y el Bromuro alzó el rostro para expresarle toda su sorpresa.

—¿Un buen asunto?

—Suficiente.

—Tú no sueltas quinientas pesetas así como quien da agua.

—Si te parecen muchas, me las devuelves.

—¿Te vas a quedar conmigo, Pepe? Hasta mañana.

Recogió su caja y se marchó por el pasillo central del figón, examinando los pies de los comensales como quien busca setas. Carvalho dejó el dinero de la cuenta en el platillo y salió a la calle. No recordó de momento dónde había dejado el coche la noche anterior, pero intuyó *que había sido por* la parte alta de las Ramblas. Deambuló por el centro del paseo, deteniéndose en los quioscos de libros y revistas, sopesando sobres de semillas, reflexionando más arriba sobre la extraña condición de los pájaros y monitos encerrados en las jaulas de los vendedores. Pero ya la Rambla se llenaba del bullicio comercial de la tarde y Carvalho se metió bajo el escudo colgante que daba paso a la entrada del Mercado de la Boquería. Quería cenar bien. Tenía la necesidad de guisar un rato mientras daba vueltas al asunto en la soledad de su casa y tenía solucionado el cierre del día con la promesa de una buena cena. Compró rape y merluza fresca, un puñado de almejas y mejillones, algunos langostinos. De sus brazos colgaban las bolsas de plástico blanco llenas de tesoros y recorrió el apacible despertar vespertino del mercado. Muchos puestos estaban cerrados

y el acto de comprar comida tenía por la tarde el respaldo de un tiempo diferente, un ámbito peculiar limitado por un silencio casi total, apenas roto por los ruidos de la oferta y la venta.

Para aquel hombre alto, moreno, treintañero, algo desaliñado a pesar de llevar ropas caras de sastrería del Ensanche, pasear morosamente entre los puestos era una de las escasas juergas que permitía a su espíritu cada tarde que abandonaba los barrios de Charo para volver a su madriguera, en las laderas del monte que preside la ciudad.